

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Septiembre de 1936

Núm. 135

Puntos de vista

La Conferencia de la Paz.

En diciembre deberá reunirse en Buenos Aires la Conferencia de la Paz convocada por el Presidente Roosevelt. Esperamos que no sea un torneo de oratoria y que de ella habrán de surgir los acuerdos decisivos para impedir que América siga los pasos de Europa. Es favorable la atmósfera, a pesar de que muchos de los países hispanoamericanos han destinado largas partidas de su presupuesto a la compra de armamentos; pero, en todo caso, los puntos más esenciales de la convocatoria podrán, en el curso del debate a que serán sometidos, suscitar ese ambiente de antiarmamentismo que por ahora no presagia sino inquietudes.

Uno de esos puntos es el desarme moral. El último Congreso de Escritores, reunido también en Buenos Aires, tomó entre otros un acuerdo que ya debe haber sido transmitido a todos los gobiernos: el de la defensa de la paz. El sentimiento de los escritores de todo el mundo allí representados, fué el de propiciar, trabajar y defender por todos los medios esa paz que cada día se ve más amenazada. Si los hombres de pensamiento no acuerdan una acción conjunta para llevar a los pueblos al firme convencimiento de que la guerra debe ser evitada a toda costa, porque es sólo el fruto de los ávidos agentes de la venta de armamentos, caerá de nuevo la humanidad civilizada en el más negro y trágico de los abismos y se habrán perdido los últimos baluartes de la defensa de la civilización. Porque si los armamentistas expresan que siempre se ha di-

cho lo mismo después de cada guerra, nunca como ahora el bárbaro se había colocado en más agresiva postura de acecho para asestar el golpe definitivo contra los que juegan a la masacre humana. Una crisis espiritual sin precedentes y una total descompaginación de las jerarquías intelectuales y morales, ha colocado al mundo fuera de los baluartes de defensa, de suerte que un debilitamiento de esas defensas hará saltar todos los cercos y la avalancha acabará con los postreros sostenedores de la armonía humana.

América armada hasta los dientes es, indudablemente, un contrasentido. Si alguna razón pudiera existir para justificar el armamentismo, no sería otra, ya que es una fatalidad, que servir de garantía al continente mismo. No para el destrozo de los pueblos de igual origen, sino para cautelar el futuro mismo de la tierra americana, acechada por tantos peligros.

El desarme moral tiende a despojar a los pueblos del ciego patriotismo exaltado de los chauvinistas, que en todos los países encuentran sostenedores y continuadores de sus absurdas doctrinas. En la Conferencia Interamericana de Montevideo celebrada en 1933, se tomó también un acuerdo de innegable importancia que no ha sido hasta ahora puesto en práctica. El acuerdo consistía en propiciar ante los gobiernos la revisión de los textos de historia destinados a las escuelas, a fin de arrancarles esa partícula de encono que cada autor colocó en ellos, teniendo en vista intereses de animosidad internacional. Esta visión constante ante el niño, del hecho heroico falseado, para servir al patriotismo interno de cada país, sin ordenamiento lógico y sin sometimiento a la verdad histórica, ha contribuido a formar estas generaciones que se odian sin causa profunda, que se levantan, exaltadas y estridentes, para propiciar guerras estériles con dolorosos sacrificios de vidas jóvenes. Muchas de las páginas de esos textos para la enseñanza constituyen una invitación al odio, a la animosidad constante. No sólo sufren los pueblos hispanoamericanos un desconocimiento total y absoluto, no sólo se ignoran entre sí y carecen de referencias importantes acerca de su vida intelectual, social, política o educacional, sino además se

odian en muchos casos y se interponen entre ellos leyendas sombrías, fraguadas en gran parte por esta ignorancia que el texto de historia o geográfico ha contribuído a robustecer.

El acuerdo de la Conferencia de Montevideo contenía, pues, todo un bello tratado de desarme moral en el más noble de los sentidos, puesto que su acción debería desarrollarse sobre la mentalidad del estudiante, vale decir, sobre la juventud, que es en definitiva la reserva más fecunda para el futuro y la que plasma, lenta a rápidamente, las grandes oleadas de opinión y la atmósfera favorable o desfavorable al robustecimiento de la armonía. Las cancillerías a menudo obedecen a intereses que no concuerdan con los de la opinión, si la opinión pudiera ser consultada en tales casos. La guerra del Chaco, por ejemplo, duró tres años en medio del bochorno del mundo americano. La juventud boliviana y paraguaya fué obligada a combatir, sin que sintiera en ningún instante mística alguna que la arrastrara. Padeecía el sombrío espejismo de ese patriotismo chauvinista suscitado por los agentes de las grandes casas armamentistas que veían un gran negocio en la guerra. Aparte de esos puntos existían otros más secretos y más dolorosos que no nos corresponde a nosotros tocar, por razones de fácil comprensión.

Hacemos notar este contrasentido en el continente y, por lo mismo, al invocar las nuevas reuniones de Buenos Aires queremos tener la firme esperanza de que América alejará el fantasma de la guerra, en que el mundo actual parece complacerse. Si la locura es contagio y las locuras colectivas llevan a extremos trágicos, que América cierre sus fronteras morales a ese contagio y evite las exasperaciones de las hegemonías, los gritos del imperia-lismo, los choques de intereses que llevan a veces a dirimir con el arma en la mano contiendas que sólo un entendimiento recíproco y una buena fe apoyados en el derecho, pueden resolver con ejemplarizadora elevación.

Las palabras de un Ministro de Relaciones del Brasil, Félix Pacheco, escritas hace tiempo, tienen, sin embargo, una actualidad

permanente: «Las esferas de influencia, escribió, y preocupaciones de hegemonía, todo eso podemos dejar tranquilamente que las grandes y viejas potencias se lo disputen, ensoberbecidas como viven, por los fatalismos de su destino histórico, entre razas, divididas por intereses que a cada instante se entrechocan. Nuestro cuadro es otro. Todo aquí conduce a una hegemonía que ha de ser una sola colectividad total o entonces no existirá. Las naciones pequeñas, las naciones grandes, las soberanías mayores, las soberanías menores, los pueblos fuertes, los pueblos débiles, los países que pesan y los países que no pesan, son cosas que la libre América desconoce, repela y condena, porque representan los términos absolutos de la nomenclatura política, de la ambición, del imperialismo y de la desconfianza. Nada, absolutamente, entre nosotros tendrá fuerza para hacer que estos países, al apreciar sus respectivos problemas nacionales, se olviden del gran deber general y común de toda América, el deber de solidaridad, el deber de unión y fe en todo, demostrando una alta comprensión de un solo destino moral y político. Cuanto más nos apuremos en la obediencia de esos preceptos de nuestra ética continental, tanto más crecerá el prestigio colectivo de América».

Todas estas palabras superiores, de alto tono, concebidas en la atmósfera de la cordialidad, tienen una honda actualidad y deberían servir como punto de partida de la próxima conferencia de la paz.